

EDELVIVES

ALA DELTA



La sombra del membrillero

Mónica Rodríguez

Ilustraciones
Beatriz Martín





Cuando vi el nombre impreso en la portada del libro sentí que algo me tiraba hacia dentro, que alguien movía los hilos de mi corazón. Cerré los ojos porque me llegaba el golpe de viento de los membrillos y el zumbido de las moscas y las risas de los niños. Oí la tromba de voz del tío Nicolae, sus cuentos de hojas rojas y la libreta de espiral donde la mano de Lucas hacía malabares, apretando mucho la punta entre las hojas y la cabeza demasiado

cerca: «Te vas a quedar ciego». «Ciego y todo escribo». La risa rodando por aquella hoja por donde también caían las palabras.

Los pies descalzos de Lucas.

Sus ojos verdes, como la semilla de los alcaparros.

El polvo del camino. O nuestras manos juntas.

Volví a posar los ojos en el libro, incrédula. Allí estaba. Mis manos rozaron el papel. Las yemas recorrieron las letras y mi memoria cayó rendida ante la evidencia.

Sentí que lloraba. Seguí llorando cuando pagué el libro a la cajera y más tarde en el autobús. Lloré sobre la acera de camino a casa y en el portal y cuando buscaba las llaves y también dentro. No me importaba sentirme ridícula llorando.

En el ascensor ya había dejado de llorar, pero hipaba y los suspiros parecían quitarme de golpe la vida.

Hacía años que no lloraba. Y, sin embargo, era tan feliz...

Por eso antes de decidir abrir su portada, pensé en escribirlo todo. En volver a repasar aquellos días de mi infancia y descubrir si habían sido reales o yo misma los había ido inventando con el transcurrir de los años. Si aquello podía ser cierto y la vida a veces nos regala finales de cuento.

Un final para Lucas. O un principio.

Encendí el ordenador... la hoja en blanco sobre la pantalla. Mis dedos se movieron ágiles sobre el teclado.

Escribí...



1



LUCAS Y NADIA SE CONOCEN

El día que Nadia conoció a Lucas la niña iba a reventar de tanto secreto. Tal vez por eso acabaron siendo amigos.

Nadia corría entre los alcaparros. Tenía que cruzar aquel terreno llano, con las matas tendidas y espinosas, para llegar a su casa. El polvo del camino volaba entre sus pies.
—¡Alto!

Un niño desastrado, de mirada fiera, le salió al encuentro. Tenía los pies descalzos

y los ojos revueltos y verdes. De un verde oscuro, como de hoja.

Nadia frenó en seco.

—¿Dónde vas? —preguntó el niño.

—A ti no te importa.

—¡Claro que me importa! No puedes cruzar este atajo sin pagar un impuesto.

Nadia le retó con los ojos. Los suyos eran marrones, color polilla. Su aleteo se hundió en las pupilas del niño.

—Pues no tengo nada. Y si no me dejas pasar, te las verás conmigo.

Levantó el brazo enseñando sus músculos. El sol, sobre sus cabezas, picaba.

—¿Eres la niña que vive allí?

El muchacho señaló con un dedo sucio la casa de Nadia. En el patio había una higuera y un gigante.

Nadia, al ver al tío Nicolae a lo lejos, sonrió. Hacía unos meses que había llegado a la casa y todo era diferente desde

entonces. Sin querer, afirmó con la cabeza.

—Entonces, ¿eres la hermana del niño tonto?

Nadia sintió que la envolvían en una manta oscura y sucia. Saltó como un tigre sobre su presa.

El muchacho recibió el asalto con sorpresa. Rodaron por el suelo. Nadia se clavó varias espinas de los alcaparros y el niño también. Tenían las rodillas rasguñadas y respiraban muy fuerte, sentados en el suelo, a unos palmos el uno del otro.

Nadia se separó los flecos negros del pelo soplando.

—No es tonto —dijo con rabia—. Es que tiene su ritmo.

Eso le había dicho el tío Nicolae. Su hermano Dan no era tonto. Tenía simplemente otro ritmo. Por eso se hacía pis por las noches todavía, aunque fuera mayor

que ella. Por eso no era capaz de expresarse como los demás o le caía la baba por la boca como un reguero de caracol. Tenía su ritmo y sus palabras.

La niña se levantó.

—¡Y ahora me voy! Ya te he dado algo: ¡un golpe!

El niño corrió detrás de ella. Le tiró de la mano.

—¡Lo siento! —dijo.

Y sus ojos la envolvieron. Eran tan verdes que Nadia creyó que olían a bosque.

Lo volvió a ver más tarde. Nadia se había colgado de la higuera que había delante del desván, donde dormía su tío. El tío Nicolae era tan grande que Nadia lo llamaba el gigante. Dormía en mitad del desván en un colchón ancho y azul como un océano, o un charco; una isla de agua en medio del desván. Sobre ella caían las



sombras de las sandías y los membrillos puestos a secar en los rieles del techo.

Desde allí arriba lo vio. Se agachaba sobre los alcaparros del camino. El niño parecía buscar algo. Miraba hacia los lados con la mano de visera. Se agachaba y se levantaba. De pronto, de un salto, se coló en su jardín. Ellos tenían cerca de la valla algunos alcaparros. El niño fregó el arbusto con las manos como despiojándolo. Nadia se bajó del árbol y fue hacia allí.

—¡Aún no es la época! —dijo, chupe-teando un trozo de sandía que había robado del desván.

El niño la miró.

—¡Ya lo sé!

Su mirada se detuvo en la sandía.

—¿Quieres un poco?

Nadia le tendió la cáscara verde y él la tomó con avidez.

—Además, es mejor recoger las alcapar-
rras al amanecer. Por el calor.

De la sandía ya no quedaba nada salvo
la cáscara verde y limada cuando el niño
levantó los ojos para mirarla.

—¡Y qué importa!

—Claro que importa.

—¡Qué sabrás tú!

—Yo sé muchas cosas.

El niño se rio. Ella torció el morro, pero
dijo:

—Si quieres te enseño a recoger alcapa-
rras.

—No necesito que me enseñen. Yo sé
muchas más cosas que tú.

Nadia se puso colorada de rabia.

—Pero seguro que no sabes tantos
secretos como yo.

El sol les caía de frente y el muchacho
guiñó los ojos.

—¿Qué secretos?

—Secretos.

—Está bien —dijo ofreciéndole su mano—. Me llamo Lucas.

La niña tendió la suya.

—Está bien. Me llamo Nadia.

Al juntar sus manos, se fijó en el moratón que tenía el niño en el brazo.

—Siento los golpes que te di —dijo.

Lucas bajó la cabeza.

—Esto no has sido tú.

—¿Quién fue?

—Nadie.

Los ojos se encontraron un segundo. Después sus vistas bajaron hasta las manos, seguían juntas.